

# EL PREDICADORCILLO DE CINCO ABRILES.

Veritas

A LOS ORADORES

30 Marzo 82

Por el P. Miguel Selga, S.J.

La ciudad era hermosa: en ella siglos atrás había exhalado el último suspiro Virgilio, el rey de los poetas. La ciudad era valiente: aun quedan vestigios de las fortalezas que sus habitantes levantaron contra las huestes de César. La ciudad era opulenta: de ella partían y a ella confluían las naves que comerciaban entre la costa del Adriático y Grecia, Arabia, Egipto y la India. La ciudad era cristiana: tenía iglesias, parroquias y catedral, servidas por religiosos, sacerdotes, canónigos y obispo. Cuenta la leyenda que entre los niños de aquella ciudad había uno que se había ejercitado en el oficio de predicar a la gente menuda. Se llamaba Lorenzo: Era pequeño como un comino y lijero como una ardilla.

Cuando eran muchos, se encaraba con los demás niños y les decía: poneos aquí, en corro.... Así.... miradme a mí que voy a predicaros un sermón. Lorenzito, de apenas cinco abriles, subía sobre una piedra, sobre el poyo de una carretera, a la ventana baja de una casa, sobre las gradas de una fuente pública, y desde allí predicaba a sus amiguitos, con las palabras, con los ojos, con los brazos, con las manos y hasta con los pies: a veces con voz tan alta que los pájaros paraban de cantar, otras veces tan bajo, bajito, que se oía el reloj del palacio del obispo.

Los niños primero le hacían muecas, luego le remedaban los gestos, después se daban guinadas y del codo unos a otros, luego se sosegaban y quedaban mirándole de hito en hito, siguiendo en todo los movimientos del predicador. Cuando Lorenzito les contaba el nacimiento de Jesús, aquellas criaturas entonaban villancicos. Cuando les refería que Pilatos había pospuesto Jesús a

un jefe de bandidos, aquellos rapazuelos se llenaban de piedras los bolsos para apedrear a Barrabás. Cuando el predicador les pintaba al divino Nazareno, muriendo en la cruz por nuestros pecados y a nuestra Señora traspasada con siete espadas de dolor, aquel auditorio infantil quedaba inmóvil derramando lágrimas de arrimamiento y compasión.

Una tarde sonaban campanas de la ciudad majestad solemne y bulliciosa alegría. Por todas partes se ven pasar riadas de gente que acudían a la catedral. Pero ¿qué sucede hoy en Brindis? Era la pregunta obligada. ¿qué fiesta se celebra? ¿por qué ese campaneo de la catedral? Predica Lorenzito, era la contestación natural, y sin detenerse en comentarios corrían todos a la catedral a tomar buen sitio, para no perder ni una sílaba de lo que iba a decir aquel misionerillo de cinco abriles. No era engaño: era nada menos que disponía del mismísimo Sr. Obispo, que, sabedor de las cosas que obraba aquí con el predicador predicara nada más que en la catedral. Cuando Lorenzito llegó a la sacristía, los monaguillos

saliéndole al encuentro le repetían con retintín: llegas tarde, amigo: ya no hay más misas que ayudar hoy.—Vaya que listos, les contestó Lorenzo: que no vengo a ayudar a misa, sino a predicar. En oyendo esto los monaguillos echan a correr por aquella sacristía en busca de una tarima bastante alta y todos en cuadrilla la llevan al púlpito para que sirva de peldaño al predicador.

¡Qué espectáculo! El obispo bajo el dosel morado y en su trono episcopal...; en su derredor, todos los canónigos... Los sacerdotes y religiosos llenaban completamente

el presbiterio... y en las naves y en el crucero miles y miles de personas... rezaban muchos... cuchicheaban no pocos. De pronto se siente un movimiento general... todos los ojos se vuelven hacia el púlpito... allí se iba apoderando del alma y del corazón de aquel inmenso auditorio. Temblad vosotros, les decía, los que deshonráis el nombre de Dios con blasfemias horripilantes, no sea que se abra la tierra a vuestros pies y os absorba el abismo. Resignaos a morir de hambre los que con la profanación de los domingos y días festivos alejáis la lluvia de nuestros campos, atraéis la peste sobre la ciudad, hacéis que resulte inútil la labor de vuestros brazos y sudores. Temblad vosotros y por vosotros los que vivís, despreciando los bienes temporales, los placeres de los sentidos, la satisfacción de los odios y las venganzas personales. No tengo ni la edad, ni los conocimientos, ni la madura experiencia de los oradores: pero en este momento el Señor se vale de mi palabra para recordaros que, si no volvéis al buen camino y a la senda de los divinos mandamientos en público y en privado, un tremendo castigo va a caer sobre esta ciudad pecadora. Inútiles serán las fortalezas de vuestra ciudad y los muros de vuestros puertos, cuando la ira de un Dios ofendido lance las olas sobre vuestras playas y el ángel justiciero blanda la espada exterminadora sobre vuestras cabezas.

Esto decía y repetía con vigoroso acento aquel apóstol y lo predicaba con tal untuosidad que... (Pasó a la página B)